

La historia oculta del versículo cuarenta - número veinticuatro

Ezequiel Número Cinco

Jeff Pippenger
2026-08-10

En el pasaje de Testimonios, tomo cinco, que hemos estado considerando desde hace ya algunos artículos, se nos informa de la visión del templo dada a Ezequiel, Isaías y Juan:

“Estas lecciones son para nuestro beneficio. Necesitamos afianzar nuestra fe en Dios, porque justamente delante de nosotros hay un tiempo que probará las almas de los hombres. Cristo, sobre el monte de los Olivos, repasó los terribles juicios que habían de preceder su segunda venida: ‘Y oiréis de guerras y rumores de guerras’. ‘Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá hambres, pestilencias y terremotos en diversos lugares. Y todo esto será principio de dolores’. Aunque estas profecías recibieron un cumplimiento parcial en la destrucción de Jerusalén, tienen una aplicación más directa a los últimos días.”

El Nueve de Av

Tisha B’Av, que en hebreo significa “el Nueve de Av”, es el día judío que conmemora la destrucción tanto del Primer Templo por los babilonios en 586 a. C. como del Segundo Templo por Tito en el año 70. Ambas destrucciones ocurrieron en la misma fecha del calendario: el día 9 del mes hebreo de Av (que por lo general cae en julio o agosto del calendario gregoriano). Cuando la Hermana White pone en relación la destrucción de Jerusalén con el “tiempo que probará las almas de los hombres” en los últimos días, está identificando dos destrucciones que ambas ilustran la ley dominical que pronto vendrá.

El versículo dieciséis de Daniel once representa esa ley dominical, y corresponde al versículo cuarenta y uno. En Ezequiel, la destrucción de Jerusalén se utiliza para ilustrar la separación de las vírgenes prudentes y las insensatas en la ley dominical. Ezequiel era cautivo en Babilonia cuando fue transportado milagrosamente a Jerusalén para contemplar esa misma separación en los capítulos ocho al once.

Y aconteció en el sexto año, en el sexto mes, a los cinco días del mes, estando yo sentado en mi casa, y los ancianos de Judá sentados delante de mí, que allí cayó sobre mí la mano del Señor Dios. Entonces miré, y he aquí una figura con apariencia de fuego: desde la apariencia de sus lomos hacia abajo, fuego; y desde sus lomos hacia arriba, como apariencia de resplandor, como color de ámbar. Y extendió la forma de una mano, y me tomó por un mechón de mi cabeza; y el espíritu me alzó entre la tierra y los cielos, y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén, a la entrada de la puerta interior que mira hacia el norte; donde estaba el asiento de la imagen de los celos, la que provoca a celos. Ezequiel 8:1–3.

Los cuatro capítulos del ocho al once son una descripción de la separación, y la hermana White, al comentar sobre Ezequiel nueve, identifica no solo que se trataba del mismo sellamiento que en Apocalipsis capítulo siete, sino también que Jerusalén representa a la iglesia adventista del séptimo día laodicense en los postreros días.

“Los que no sienten aflicción por su propia declinación espiritual, ni lamentan los pecados de los demás, serán dejados sin el sello de Dios. El Señor da comisión a Sus mensajeros, los hombres con armas destructoras en sus manos: ‘Id tras él por la ciudad, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia: matad por completo a viejos y jóvenes, vírgenes, niños y mujeres; pero no os acerquéis a ningún hombre sobre el cual esté la señal; y comenzad por Mi santuario. Entonces comenzaron por los ancianos que estaban delante de la casa.’”

“Aquí vemos que la iglesia —el santuario del Señor— fue la primera en sentir el golpe de la ira de Dios. Los ancianos, aquellos a quienes Dios había dado gran luz y que habían estado como guardianes de los intereses espirituales del pueblo, habían traicionado su cometido. Habían adoptado la posición de que no necesitamos esperar milagros ni la manifiesta revelación del poder de Dios como en los días pasados. Los tiempos han cambiado. Estas palabras fortalecen su incredulidad, y dicen: El Señor no hará bien, ni hará mal. Es demasiado misericordioso para castigar a su pueblo con juicio. Así, “Paz y seguridad” es el clamor de hombres que nunca más alzarán su voz como trompeta para mostrar a los hijos de Dios sus transgresiones, y a la casa de Jacob sus pecados. Estos perros mudos que no querían ladrar son los que sienten la justa venganza de un Dios agraviado. Hombres, doncellas y niños pequeños perecen todos juntamente.

“Las abominaciones por las cuales los fieles suspiraban y clamaban eran todo cuanto podía discernirse por ojos finitos; pero, con mucho, los peores pecados, aquellos que provocaban los celos del Dios puro y santo, no estaban revelados. El gran Escudriñador de los corazones conoce todo pecado cometido en secreto por los obradores de iniquidad. Estas personas llegan a sentirse seguras en sus engaños y, a causa de Su longanimidad, dicen que el Señor no ve, y entonces obran como si Él hubiera abandonado la tierra. Pero Él pondrá al descubierto su hipocresía y abrirá ante otros aquellos pecados que tanto cuidado tuvieron en ocultar.”

“Ninguna superioridad de rango, dignidad o sabiduría mundana, ninguna posición en un cargo sagrado, preservará a los hombres de sacrificar el principio cuando son dejados a sus propios corazones engañosos. Quienes han sido considerados dignos y justos demuestran ser cabecillas de la apostasía y ejemplos de indiferencia y de abuso de las misericordias de Dios. Él no tolerará por más tiempo su conducta perversa, y en su ira trata con ellos sin misericordia.

«Es con renuencia como el Señor retira Su presencia de aquellos que han sido bendecidos con gran luz y que han sentido el poder de la palabra al ministrar a otros. En otro tiempo fueron Sus siervos fieles, favorecidos con Su presencia y Su dirección; pero se apartaron de Él y condujeron a otros al error, y por lo tanto son puestos bajo el desagrado divino». Testimonies, tomo 5, 211, 212.

Todo el libro de Ezequiel está enmarcado dentro del contexto de la destrucción de Jerusalén. En el testimonio de Ezequiel se señala específicamente el sitio de Nabucodonosor, que duró un año y

medio, pero la «aplicación más directa» de la advertencia de Jesús en Mateo veinticuatro corresponde a los postreros días. En Ezequiel, esa línea de verdad se encuentra en el capítulo veinticuatro.

15 de enero de 588 a. C.

De nuevo, en el año noveno, en el mes décimo, a los diez días del mes, vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, escribe para ti el nombre de este día, de este mismo día; el rey de Babilonia se ha puesto contra Jerusalén en este mismo día. Ezequiel 24:1, 2.

En esta fecha, que también queda establecida por otros testigos bíblicos, comenzó un sitio de dieciocho meses. La palabra del Señor que vino a Ezequiel en esa fecha consistió en la parábola de la ciudad sanguinaria, ilustrada mediante una olla hirviendo seguida de un gran fuego. La parábola representa claramente el juicio sobre Jerusalén, y en el mismo capítulo le sigue el reposo de la esposa de Ezequiel por un golpe repentino, como símbolo de que había comenzado el sitio que finalmente destruiría el santuario.

Y vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, he aquí, yo te quito de golpe el deleite de tus ojos; mas no endearás, ni llorarás, ni correrán tus lágrimas. Reprime el suspirar, no hagas duelo por los muertos; átate el turbante sobre la cabeza, y ponte el calzado en los pies, y no te cubras los labios, ni comas pan de hombres. Y hablé al pueblo por la mañana; y al atardecer murió mi mujer; y por la mañana hice como me fue mandado. Ezequiel 24:15–18.

Entonces el pueblo que rodeaba a Ezequiel preguntó el significado de la parábola y de la muerte de su esposa.

Y el pueblo me dijo: ¿No nos declararás qué significan para nosotros estas cosas que haces? Entonces les respondí: Vino a mí palabra del Señor, diciendo: Habla a la casa de Israel: Así dice el Señor Dios: He aquí, yo profanaré mi santuario, la gloria de vuestra fortaleza, el deseo de vuestros ojos y aquello por lo que se compadece vuestra alma; y vuestros hijos y vuestras hijas que dejasteis caerán a espada. Ezequiel 24:19–21.

Tanto la esposa de Ezequiel como el santuario son identificados en el pasaje como el «deseo de tus ojos». Los historiadores bíblicos señalan que el asedio duró dieciocho meses, mientras que los asedios de Cestio y de Tito duraron cuatro años, desde el año 66 hasta el año 70. Un cómputo exacto del tiempo desde el primer asedio de Cestio hasta la destrucción es de tres años y medio, pero al aplicar el «cómputo inclusivo», que es la forma de cómputo más frecuentemente empleada en la Biblia, resulta en cuatro años. Saber que ambos cómputos son válidos nos permite ver tanto tres años y medio desde Cestio hasta Tito como también cuatro años.

Tenemos dos testigos de la ley dominical en las dos destrucciones de Jerusalén, y los detalles de ambas historias han de aplicarse a la ley dominical que pronto ha de venir, cuando Laodicea sea vomitada de la boca del Señor. El comienzo del sitio de Nabucodonosor está señalado por la muerte de la esposa de Ezequiel. A su muerte, a Ezequiel se le ordenó no hacer duelo públicamente, porque él era la señal de que los judíos serían llevados cautivos.

El comienzo del período de cuatro años, del 66 al 70, está señalado por la señal de la abominación desoladora, la cual fue la señal para que los cristianos en Jerusalén huyeran.

Por tanto, cuando veáis la abominación desoladora, de que habló el profeta Daniel, colocada en el lugar santo, (el que lee, entienda:) entonces los que estén en Judea huyan a los montes.

Mateo 24:15,16.

Dos asedios que claramente guardan correspondencia entre sí, y ambos asedios contienen una “señal” al comienzo del asedio. Cuando Ezequiel explica lo que significó la muerte de su esposa y la ausencia de duelo de su parte, lo explicó y luego dejó registrado:

Así Ezequiel os será por señal; conforme a todo lo que él hizo, haréis vosotros; y cuando esto acontezca, sabréis que yo soy el Señor Dios. Ezequiel 24:24.

La señal de la muerte de la esposa de Ezequiel fue una identificación de la destrucción de Jerusalén y del templo que estaba por sobrevenir, y del cautiverio subsiguiente en Babilonia. La señal de la abominación desoladora, de la que habló Daniel, fue una advertencia para escapar de la destrucción, pero ambos asedios tienen una señal al principio.

Habrà un sitio profético antes de la inminente ley dominical, y la muerte de la esposa de Ezequiel es el símbolo de que la iglesia adventista del séptimo día laodicense ha sido plenamente pasada por alto; mientras que Ezequiel es símbolo de los ciento cuarenta y cuatro mil, y es el símbolo del estandarte que se alza al comienzo del sitio. Ezequiel es el estandarte de los ciento cuarenta y cuatro mil al comienzo del sitio de Babilonia, y la señal de la abominación desoladora al principio es la “señal” de Roma. Una señal habla de una advertencia interna y la otra de una advertencia externa. Ciertamente hubo una advertencia para los cristianos en el año 66, pero la señal de advertencia fue Roma. La señal en la destrucción de Babilonia fue la esposa de Ezequiel. Roma es la clase que recibe la marca de la bestia, y Ezequiel la señal de aquellos que reciben el sello de Dios.

Dos Períodos Finales

El primer asedio duró dieciocho meses y el segundo asedio duró cuatro años. Ambos asedios hallan su cumplimiento «más directo» en los postreros días, y ambos asedios están directamente relacionados con la profecía de trescientos noventa y un años y quince días que se encuentra en Apocalipsis 9:15.

El comienzo de los cinco meses de Apocalipsis nueve, versículo diez, incluyó una historia que señala un período de treinta y ocho años que culmina en un asedio de cuatro años, que está asociado con el número treinta y ocho, e identificó el levantamiento del islam. Ese asedio de cuatro años halla su contraparte en la historia que comenzó cuando los (cinco meses) ciento cincuenta años concluyeron y comenzaron los trescientos noventa y un años y quince días. Comenzó el 27 de julio de 1449 y, cuatro años más tarde, el islam llevó a cabo un asedio de cincuenta y cinco días contra Constantinopla que concluyó el 29 de mayo de 1453.

Cuando la profecía de tiempo que comenzó el 27 de julio de 1449 concluyó el 11 de agosto de 1844, los cuatro años del movimiento del primer y del segundo ángel, desde 1840 hasta 1844, se alinearon con el sitio de cuatro años de 1333 hasta 1337, y también con el período de cuatro años desde 1449 hasta 1453. Esos tres testigos, que todos forman parte directamente de la misma línea profética, representan un período simbólico de cuatro años en el que el movimiento del primer y del segundo ángel de 1840 hasta 1844 se repite en la historia del movimiento del tercer ángel. Esos tres testigos tipifican un sitio de cuatro años en la historia de los ciento cuarenta y cuatro mil. Ese período de cuatro años también está ilustrado por los sitios de Jerusalén en 66 y 70.

El comienzo del asedio de cuatro años por Cestio en el año 66, y luego su conclusión por Tito en el 70, produce un símbolo alfa y un símbolo omega para un período de cuatro años. Ese mismo período también se representa como tres años y medio, lo cual, a su vez, concuerda con los tres años y medio proféticos durante los cuales la Roma papal holló el santuario.

Pero el atrio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas; porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Y daré poder a mis dos testigos, y ellos profetizarán mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Apocalipsis 11:2, 3.

Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan. Lucas 21:24.

Es esencial señalar que estoy aplicando tanto el cómputo “inclusivo” como el “exclusivo” al período representado por el símbolo alfa de Cestio hasta el símbolo omega de Tito. Esto pone de manifiesto que dos aplicaciones del tiempo están representadas en una sola historia. Ya hemos tratado este principio bíblico cuando consideramos (hace muchos artículos), el lapso entre la visita de Jesús a Cesarea de Filipo (Panio) y Su ascenso al Monte de la Transfiguración. Dos autores bíblicos registran seis días, y uno, ocho días.

Y seis días después, Jesús toma a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los lleva aparte a un monte alto. Mateo 17:1.

Y seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte, solos, a un monte alto; y fue transfigurado delante de ellos. Marcos 9:2.

Y aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó consigo a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Lucas 9:28.

La destrucción de Jerusalén tiene una aplicación “más directa” a los últimos días, y esa destrucción está constituida por dos testigos representados por Babilonia y Roma. Los dos testigos se corresponden entre sí, pero aportan características proféticas diferentes y esenciales a fin de ampliar la verdad. El asedio por Roma (del 66 al 70) fue de cuatro años, lo cual también representa tres años y medio. Los tres años y medio se relacionan con el hollamiento del santuario y del ejército, llevado a cabo tanto por el paganismo como por el papado. El hollamiento por el papado fue durante tres años y medio simbólicos, según lo tipificado por tres años y medio literales en el asedio por Roma.

Ese sitio de cuatro años también se relaciona con los períodos de cuatro años asociados con la línea profética que identifica la exaltación del islam y, posteriormente, la exaltación del movimiento tanto del primer como del segundo y luego del tercer ángeles. Desde Cestio hasta Tito se cruza con la rueda de la Roma papal y también con la rueda del islam. La rueda de Roma y los tres años y medio de Cestio y Tito se cruzan con los tres años y medio simbólicos de la Roma papal, identificando así las dos entidades de la Roma pagana y la Roma papal. La rueda del islam está conectada por la misma historia, entendida como cuatro años, pero, así como ocurre con la rueda de Roma en esa historia, el islam está asociado con un segundo poder sujeto a la rueda del islam: ese es el adventismo. El período de tres años y medio representa a Roma en ambas fases, y el período de cuatro años representa al islam y al adventismo. La Roma pagana y la Roma papal no pueden separarse proféticamente, ni tampoco el islam y el adventismo.

Esto exige proféticamente que, cuando consideremos el sitio de Babilonia, se reconozca en la ilustración del sitio de dieciocho meses que deben verse dos comprensiones del tiempo. Dos representaciones del tiempo en el sitio llevado a cabo por Roma exigen proféticamente dos representaciones del tiempo en el sitio llevado a cabo por Nabucodonosor. El sitio de dieciocho meses de Nabucodonosor también puede entenderse como un símbolo de un año y medio. Dieciocho meses equivalen a un año y medio, y un año y medio puede expresarse como 1.5 años. El sitio de Nabucodonosor fue tanto de dieciocho meses como de uno punto cinco (1.5) años.

Los dieciocho meses se refieren al poder que había de hollar a Jerusalén, y los 1.5 años se refieren al islam. La rueda profética de cómputo que identifica dieciocho meses identifica a Babilonia, y la otra rueda profética de cómputo identifica al islam. Aún no hemos presentado una explicación de cómo llegamos a la aplicación de los 1.5 años en relación con el islam, pero debe señalarse que los dos cómputos de tiempo se hallan en la destrucción traída por Roma, vinculados con la rueda profética de Roma, (tanto pagana como papal), y el otro cómputo vinculado con la rueda profética del islam. Estas características se encuentran tanto en las destrucciones alfa como omega de Jerusalén.

El asedio de cuatro años de Jerusalén con Cestio y Tito representa el final de una línea profética que comenzó con un período de treinta y ocho años que concluyó con un asedio de cuatro años que simbolizaba el ensalzamiento del islam, y el período final de cuatro años en esa misma línea representa el levantamiento del estandarte de los ciento cuarenta y cuatro mil.

Continuaremos estas cosas en el próximo artículo.